

Eguren, José María (1874-1942)

*La sala amberina*

¡Oh!, la sala ambarina pertenece al capítulo de las memorias crueles. Todavía miro en las cercanías aquella figura ensoñada y triste como una tarde otoñal; aquellos ojos con la luz verdosa de los lirios enfermos; y escucho esa voz melancólica que nada decía y sin embargo nos llevaba el efluvio de las cosas muertas y de los dulces rencores desaparecidos. Y es que esas mejillas liliales con el ámbar anunciador de bellezas de ultratumba y el leve brillo de sus ojeras transparentes armonizaban misteriosamente con el acento suave, prestigioso, de aquella virgen marfileña.

-¡Qué terrible... la casa! -me dijo, mientras las luciolas titilaban en el azul sereno de la noche, y luego silenciosa se dirigió hacia ella y estaba dulce y musical como las vírgenes de Botticelli.

-¡Qué angustia! -profirió un momento después e interrumpiendo su marcha que semejaba el andar intermitente de una garza -herida se tocó, el corazón e indagó hasta lo más profundo de mis ojos-, ¡Sabes -me dijo-, tengo un dolor que me oprime, un dolor de muerte!

-Regresemos -le contesté, procurando dominar la emoción mientras en sus pupilas moría un azul triste de las revelaciones.

-No, deseo ver la sala... Allí cumpliré mi promesa si puedo cumplirla.

-Vamos -respondí luchando entre el temor y la espera. Prosiguió su camino y su perfume infantil hizo respirar mi pecho que se asfixiaba al peso de la adivinación implacable, y ella caminaba lentamente por las primeras estancias de la casa señorial y, a medida que el lugar arcano se aproximaba, se transparentaba y parecía una flor mística impregnada de inefable dulzura. Penetrábamos en una casa solitaria, se diría en una acuarela muy oscura cuyos primeros términos se percibieron muy borrosos, y en cuyo fondo se distinguía una débil luz de una verde casa y le rogué cumpliera la promesa en ese lugar desolado.

-¡No! ¡no! -repitió y sus ojos brillaron en la noche como las luciolas del jardín mortuorio.

La luz se veía cada vez más intensa, yo traté de detener a la niña, pues me sentía fuertemente dominado por la superstición imperativa; pero fue en vano. Entonces me esforcé en unir las ideas, y pregunté en el silencio de mi alma por el hechizo atrayente de esa sala y por las afinidades que podía tener con ese amor tan triste. Pero la lógica sólo me habló de curiosidad y de un falso temor; y otra vez me dijo cosas aciagas pero verdaderas; de una naturaleza indecible.

No quise pensar más y seguí como ciego aquella figura rítmica y perfecta que me llenaba de infelicidad.

Y cuando la niña descorrió la cortina, vi por primera vez la sala extraña. ¡La sala ambarina! ¡La sala de las curiosidades!, la cual como el árbol de la ciencia, se presentaba hermosa. Mas, no hacía olvidar la profunda melancolía inexpresada.

Bien la recuerdo ahora con sus finísimas flores; los jazmines del Cabo, las peonías y las azaleas y aquellas flores negras de la India que se elevan en vistosos corimbos; y aquellas otras de un violeta desteñido que nunca se olvidan y aquellas con ojos negros y con enormes pestañas y todo esto como fantasmagorías metálicas o aterciopeladas en medio de la luz ambarina e intensísima de la sala y en esos vidrios tan fríos y en esa atmósfera enrarecida donde los sonidos se quebraban cristalinos ¿qué señor malévolo con alma de nigromante había preparado este dinamismo extraño?

Era la morada de un gran fetichismo lleno de influencias morbosas y ejercía un poder ciego que helaba la sangre y paralizada el pensamiento.

Y en medio de esta belleza real y maldita, matadora de las iniciativas, contemplé a la niña olvidado del tesoro divino de la promesa.

Ella permaneció a mi lado, pensativa y grácil cual una visión angélica, y sus pupilas brillaban en el aire sutil como luces vesperales y su frente se presentaba con tono suave y con la aureola santa. Pero sus labios no se movían y sus pupilas vivían como si gota a gota la sangre de su faz nacarina cayera sobre ellos con ritmo grave.

-Salgamos de aquí -grité con espanto y cogiéndola en mis brazos corrí con ella hacia la puerta, y vi su frente pálida como la cera, y vi sus ojos que, en un azul dulcísimo, se movían, y cayó sobre mí como una flor que se dobla por falta de aire en un ocaso de una tristeza infinita.